

GAME
OVER

CTRL ALT ADN

NESSA OJOSNEGROS

SIREN  BOOKS



CTRL

ALT

ADN

CTRL
ALT
ADN

NESSA OJOSNEGROS

SIREN  BOOKS

Primera edición: enero 2023

© de la obra: Nessa Ojosnegros, 2023

© ilustración de cubierta: Cecilia G. F., 2023

© de las ilustraciones interiores: pch.vector/Shutterstock

© de la corrección: Ana Muinel Monteagudo

© de la presente edición: Editorial Siren Books, S.L., 2023

info@sirenbooks.es

<https://sirenbooks.es/>

ISBN: 978-84-126043-6-8

Depósito legal: M-30088-2022

IBIC: YFG

THEMA: YFE, YFG, YNTC

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917021970/932720447).

A D., porque todos merecemos vivir un momento miohhlalá.



*Llevaba una doble vida. ¿La convertía eso en una mentirosa?
Ella no se sentía una mentirosa. Era una persona de dos verdades.*

Corre.

Corrí a lo largo del pasillo tan rápido como mis piernas me permitían. Si no fuera porque ya había recorrido el edificio varias veces a lo largo de la semana, seguramente acabaría perdida en un minuto. Segundo pasillo a la derecha. Luego izquierda. Todas las paredes eran tan blancas e iguales que tuve que buscar cualquier mínima mancha o muesca para poder diferenciarlas.

Aminoré el paso una vez que estuve en el último pasillo. Era consciente de que ver a una persona salir corriendo del complejo llamaría un poquito la atención. No podía fallar ahora que estaba llevando el plan a cabo. Apreté la carpeta con todos los documentos robados contra mi pecho y respiré hondo. Ahora venía la parte difícil. Solo tuve que estirar ligeramente el cuello para ver al director Black a la vuelta de la esquina. *Maldita sea mi suerte.*

Sin embargo, también me había preparado para esto. Solté aire lentamente por la boca y esboqué la sonrisa más natural posible.

Vamos allá.

Unos dos segundos después de doblar la esquina, las miradas de todos los allí presentes se posaron en mí.

—¡Buenos días, señorita Joe!

El director Black me dirigió una de sus habituales sonrisas, tan amplia que se le formaron nuevas arrugas en las comisuras de los ojos.

—Buenos días, señor Black.

Tenía la teoría de que Black era tan mayor que pasaba de aprenderse los apellidos de todos los trabajadores y por eso optaba por llamar a la gente directamente por su nombre. Eso sí, añadiendo un «señorita», «señor» u otro apelativo cariñoso que se le ocurriera en el momento. Cualquiera podría decir, a simple vista, que Black era el mejor jefe que podías tener. Pero eso cambiaba cuando lo conocías. El dinero era capaz de llevarlo a niveles demasiado altos de crueldad.

Yo me limité a sonreír y aflojar el agarre de la carpeta entre mis manos. Black no era tonto y sospecharía fácilmente de alguien que fuera sujetando unos documentos como si su vida dependiera de ello.

—¿Ya te marchas? Justo estaba comentando a estos hombres la idea sobre la que hablamos el otro día.

—¿La de la reunión?

—Esa misma.

—Me temo que ya he terminado por hoy, pero le deseo suerte. No se olvide de mostrar los gráficos.

—¡Tienes toda la razón! —Black se llevó las manos a la cabeza, enterrando los dedos entre los pocos mechones blancos que le quedaban. Luego, se giró hacia los hombres trajeados que lo rodeaban—. Venid, venid. Esto os va a encantar.

No pude evitar esbozar una sonrisa triunfal. Distraerle había sido fácil.

Sin esperar ni añadir nada más, seguí andando hacia la salida del edificio. Solo me detuve brevemente para despedirme del conserje y en apenas unos segundos estaba fuera. Si tenía suerte y aquella carpeta contenía lo que buscaba, no tendría que volver a pisar aquel complejo nunca más.

Cada día, en el camino de vuelta a casa, tenía que buscar nuevos callejones o rincones ocultos de las cámaras que adornaban toda la ciudad. Estúpido Sector Central de Edale. Menos mal que no vivía aquí. Por el momento, lo único que podía hacer era fingir. Como cada día al caminar por aquellas calles. Era consciente de que estaba siendo observada. Todos lo estábamos. Solo que yo optaba por divertirme con ello.

Mi reflejo en la cristalera de un gran edificio captó mi atención. La americana negra sobre la camisa blanca sin duda me daba un aire intelectual. Eso, unido al pelo castaño recogido en una coleta, conseguía proyectar una imagen de alguien importante. Quizá fuera un estereotipo, pero hasta el momento había dado el pego sin problemas en la empresa. Me fijé en el montón de diminutas pecas que cubrían mi nariz y parte de mis mejillas.

Qué diferente es Joe de mí.

Ya habían pasado casi dos semanas desde que Joe «llegó» a mi vida y aún me costaba reconocerla cuando me encontraba frente a algún espejo. Definitivamente, estaba deseando llegar a casa y ser yo de nuevo.

Tras buscar durante un largo rato, al fin encontré el lugar perfecto en un callejón oscuro, entre unos contenedores de basura. La altura de estos era suficiente como para poder agacharme y cambiar sin que ninguna cámara lo captara.

Mantenlo en secreto. No puedes dejar que nadie lo sepa. Ni siquiera tu familia o amigos.

No estaba segura de qué querían ganar con todo el experimento, pero por el momento me había limitado a seguir las indicaciones que me habían dado. Eso y aprovechar al máximo mi doble vida, por supuesto. Al fin y al cabo, los científicos no dijeron nada de cómo usar a nuestro segundo «yo».

El cambio duró apenas unos segundos. Había aprendido a hacerlo con soltura, simplemente cerrando los ojos y pensando en ello. Una de las ventajas de tener ambos ADN en mi cuerpo. Rápidamente me cambié de ropa y, cuando salí de mi escondite, me sentí mucho más cómoda. Deportivas en los pies, *shorts* y una sudadera corta. Sin duda alguna, así estaba mucho mejor. Miré a ambos lados de la calle, solo por asegurarme de que no había ningún ciudadano cerca, y después eché a correr hacia la salida del Sector 4 con la mochila y la ropa elegante al hombro.

La montaña siempre había sido mi lugar favorito de Edale. No solo por ser el sector en el que yo había nacido y vivido toda mi vida, sino también por la libertad que había en ella. Sobre todo en comparación

con los Sectores 1 y 4, Playa y Ciudad respectivamente, que estaban sobrepoblados y demasiado controlados. Todo el mundo debía tener uno o más trabajos, y parecía que la vida allí se basaba en conseguir ser mejor que los demás. A diferencia de esos sectores, donde la gente vivía en pequeños apartamentos, en la montaña cada familia tenía su propia casa. Algunos incluso disponían de granjas llenas de ganado. No es que fuera muy agradable escuchar al gallo de tus vecinos cantar a las seis de la mañana todos los días, pero al menos se respiraba un ambiente diferente. Y no solo por el estiércol de los animales.

El resto del camino hacia mi casa me era tan conocido que me limité a coger todos los atajos posibles para no cruzarme con ninguno de los vecinos. Por lo visto, el hecho de tener el pelo fucsia y el cuerpo lleno de tatuajes no les parecía... ¿cómo era la palabra? Ah sí, *digno* de una señorita.

Leonarda estaba esperándome en la puerta, como cada día. Dijeran lo que dijeran, tener una gata te alegraba mucho la casa. Le dediqué unos segundos de caricias a mi pequeña felina y corrí escaleras arriba hacia mi habitación. Una semana era el tiempo que llevaba planeando conseguir aquellos papeles y ahora por fin los tenía en mis manos.

Detalles del producto, bla, bla, bla; acuerdo de beneficencia, bla, bla, bla. Mis ojos viajaban con velocidad entre las páginas. De vez en cuando me detenía en algún apartado que llamaba mi atención, pero rápidamente lo descartaba y continuaba con la búsqueda. Por lo visto aquellos documentos contenían mucha más información de la que esperaba. Aunque, desafortunadamente, había poca cosa de importancia.

No levanté la mirada de aquella carpeta hasta que una alarma comenzó a sonar a todo volumen en la habitación.

Las 22:58.

Maldita sea.

No me gustaba poner el despertador a horas en punto. Últimamente me entretenía tanto durante las tardes que me había visto obligada a ponerme alarmas para dar de cenar a la gata, dormir y esas cosas que se supone que debían hacer las personas en su día a día.

Solté un largo suspiro y me resigné a guardar la carpeta en un cajón de mi mesilla; justo encima de otras exactamente iguales.



*Tú eres yo. Y yo soy tú.
Pero nunca seremos lo mismo*

Nuevo día, nueva... para qué mentir, misma rutina de siempre. El maravilloso gallo de los vecinos optó por despertarme aquella mañana quince minutos antes de lo habitual. Me gustaría decir que di la vuelta y seguí durmiendo plácidamente, pero era imposible. Ya lo había intentado. Incluso había tratado de callar al dichoso animal lanzándole cosas desde mi ventana, pero nada funcionaba. A día de hoy había aceptado la derrota y aprovechaba para hacer todo lo que pudiera por las mañanas.

Un gruñido escapó de mi garganta al incorporarme sobre la colcha. Estaba agotada. Si tan solo no tuviera que ir a trabajar nunca...

Sacudí la cabeza de un lado a otro con fuerza, en un intento de sacar esas ideas de mi mente. Yo había decidido aquello, y esta vez iba a por todas. Aparté de un soplido los mechones rosas que caían sobre mi frente y me puse en pie. Tenía algo más de una hora para desayunar, organizar mi día y salir hacia la ciudad. Según había ideado a Joe, esa chica debía ser siempre puntual.

Ya estaba prácticamente lista para salir cuando me percaté de que algo sobresalía de mi buzón. Debía admitir que tenía el buzón por pura convención, ya que prácticamente nadie utilizaba ya ese método para comunicarse. Y, sin embargo, ahí estaba. Saqué la carta y observé detenidamente el sobre blanco entre mis dedos. No tenía remitente, lo que no ayudaba en absoluto a descifrar de qué se trataba. Eché

un vistazo a la calle, solo para asegurarme de que no se trataba de ninguna broma de mis vecinos, y sin esperar más procedí a abrir el dichoso sobre.

Estimado señor o señora:

Nos gustaría invitarle a que visite de nuevo nuestros laboratorios con el fin de comprobar que el desarrollo de nuestra investigación avanza correctamente y que usted no corre peligro alguno.

Dado que para nosotros es muy importante que su participación sea anónima, hemos invitado a un grupo de personas al azar a esta visita. Usted podrá infiltrarse entre ellos con facilidad y así continuar esta investigación en secreto.

Esperamos su asistencia lo antes posible. Las puertas estarán abiertas a las 10:00 a. m.

Atentamente,

Laboratorios Beyond

En cuanto terminé de leer la carta, un profundo suspiro escapó de mis labios. Desde que acepté unirme al experimento de los laboratorios Beyond había estado tratando de adivinar su finalidad. Qué conseguían ellos con el experimento, qué riesgos podía correr... cualquier cosa. Según había escuchado, yo pertenecía al pequeño grupo de voluntarios que participaron un par de semanas atrás. Pero ni siquiera pude averiguar los nombres o algún dato sobre el resto de los participantes.

Mi mirada se dirigió rápidamente al reloj digital que había en la pared a mi derecha. Tenía tres horas antes de la reunión del laboratorio. No me daría tiempo a ir a trabajar y volver. Aunque a quién le importaba el trabajo cuando ya había conseguido mi objetivo; ya era hora de buscar una nueva empresa. Una nueva víctima.

Me despedí de Leonarda tras guardar la carta en una pequeña mochila que colgué a mi espalda y salí de casa. El sector estaba bastante tranquilo. De hecho, el único ruido que alcanzaba a escucharse por encima del piar de algunos pájaros era el crujido de la tierra bajo mis pies.

Uno de los misterios que todavía no había conseguido resolver —y empezaba a dudar de que fuera a conseguirlo algún día— era dónde se

encontraban exactamente los laboratorios Beyond. Sí, había estado ahí, pero no llegué precisamente por mi propio pie. Dado que la ubicación exacta de la central de investigación era un secreto, no tardé mucho en divisar a varios encargados situados en la puerta del edificio número 130. Era consciente de que estaban ahí para recoger a los ciudadanos que debíamos asistir a la reunión, pero me permití alargar un poco más la espera y me quedé observándolos. Una vez apareciera me vendarían los ojos y sería guiada hasta el interior del edificio, donde estaban los laboratorios. Tal y como sucedió la vez anterior.

—Nombre y apellidos.

—¿Estás de broma?

Nada más acercarme a los guardias, uno de ellos me cerró el paso.

—¿Tengo pinta de estar de broma? He dicho que te identifiques.

—¿Es que conoces a muchas chicas con el pelo rosa que vengan aquí de vez en cuando? —Por si aún no se había dado cuenta, yo tampoco pensaba ceder. Al menos, no tan fácilmente.

—¿Qué edad tienes, quince años?

—Veintiuno. ¿Algún problema?

—Estás haciéndonos perder el tiempo. O te identificas o te sacamos de aquí a la fuerza.

—¿Y cómo sé yo qué tú trabajas aquí y no eres alguien que quiere robar mis datos? —Crucé los brazos sobre mi pecho y miré fijamente al hombre frente a mí. Debía tener apenas un par de años más que yo, por lo que no me imponía en absoluto.

El guardia arrugó el ceño, mirándome con una mezcla de frustración y molestia. Punto para mí. Tan solo unos segundos después, sacó una placa del bolsillo de su camisa y me la mostró. Casi como si estuviera en una película

Yo ni me fijé en su placa, y en vez de enseñarle mi documento de identidad o algo por el estilo, saqué la carta de mi mochila y se la tendí con cierta brusquedad.

—¿Alguna pregunta más?

Él me dirigió una mirada de desagrado y se giró hacia sus compañeros.

—Tapadle los ojos y llevadla a la sala principal.

—No esperaba menos de vosotros.

A pesar de que no me hacía ninguna gracia, cerré los ojos y dejé que me colocaran la venda. No entendía muy bien a qué venía tanto secretismo, pero no podía hacer mucho más que quejarme. Me limité a dejarme arrastrar por los numerosos pasillos hasta la central.

Dado que carecía de uno de los cinco sentidos, traté de aguzar el resto. Sobre todo el oído. Al contrario que el día del experimento, esta vez se escuchaban más voces. Por lo visto ya había gente en la sala, aunque nadie que pudiera reconocer. Uno de los guardias que me llevaban se detuvo, haciendo que me tropezara.

—¡Oye! —No se me daba muy bien eso de permanecer en silencio.

Escuché cómo se cerraban al menos tres puertas desde diferentes ángulos, y unos segundos después unas manos me despojaron de la dichosa venda. *Al fin, luz.* Lo primero que hice fue mirar a mi alrededor. Un grupo de gente de diferentes edades y aspectos se hallaba a mi alrededor. La mayoría permanecían en silencio, y solo unos pocos habían entablado conversación.

Seleccioné mentalmente a un joven de mi edad vestido con una camiseta roja. A diferencia de la mayoría, él no se había quedado en el sitio observando, sino que caminaba entre los distintos muebles y objetos de la sala.

Me gusta. Decidí que dejaría que él fuera mi conejillo de indias, y si veía que era seguro inspeccionar el lugar a nuestro aire, yo también lo haría.

Varias personas más entraron a la sala en los siguientes minutos. Con todos se repetía el mismo proceso: uno llevaba los ojos vendados y era conducido por dos, tres o hasta cuatro guardias, como fue mi caso. El chico curioso, al que había decidido llamar «Red» a falta de conocer su nombre, continuó estudiando las mesas que nos rodeaban. Sobre ellas había una o varias plantas, aunque no podría asegurar de qué especie eran. En el centro de la sala, además, había un perfecto octaedro de piedra, hueco y con una planta grande dentro. Las hojas eran de un verde muy intenso y caían hasta el suelo, por lo que deduje que debían estar bien cuidadas, sobre todo teniendo en cuenta que nos encontrábamos en una parte del edificio a la que no llegaba la luz directa

del sol. En otra mesa justo al fondo de la sala había un ordenador, pero en la pantalla no se veía más que... sí, un dibujo de la misma planta.

Qué aburrimiento.

Red pareció leerme la mente, puesto que se acercó a uno de los guardias, repartidos ahora a lo largo de las paredes de la sala, y lo miró fijamente. No pude evitar observar la escena con total interés.

—Oye, tenéis unas plantas muy bonitas por aquí. ¿Para qué son?

El hombre, sin embargo, ni siquiera lo miró.

—¿Se comen? ¿Tienen proteínas genéticamente modificadas o algo así?

Estaba deseando que el guardia dijera algo. O, al menos, que se moviera. Sin embargo... nada. Absolutamente nada.

Red caminó en dirección a una de las macetas más próximas y cogió una hoja. No sé si yo me habría atrevido a hacer lo mismo. Eso ya era otro nivel. Él no pareció dudar al hacerlo, sino que además la acercó a la cara de su amigo el guardia.

—Vamos, ¿seguro que no quieres probar un poquito? Tiene pinta de estar deliciosa.

Contra todo pronóstico, el hombre sí reaccionó esta vez. Fue un movimiento diminuto; tanto que podría pasar desapercibido si no estabas atento. Pero un movimiento, al fin y al cabo.

No está mal.

Antes de que pudiera dar un paso o hablar con alguno de los guardias, una cuarta puerta se cerró, esta vez a mi espalda. Todos los hombres vestidos de traje de seguridad permanecieron en sus puestos; incluso podría decir que se irguieron un poco más.

—¡Bienvenidos todos, una vez más, a los laboratorios Beyond!

—Una voz masculina comenzó a sonar por un altavoz.

Todos los presentes se callaron al momento, y hasta yo dejé de prestar atención a la escena para escuchar lo que decía.

—Hoy os hemos reunido a todos con un propósito específico, aunque ya hablaremos de ello más tarde. Estamos muy orgullosos de que todo esté yendo por buen camino, por lo que hemos organizado un pequeño... —carraspeó— juego. Ante vosotros vais a ver dos puertas. Podéis tomaros todo el tiempo que necesitéis para atravesarlas y

pasar a la siguiente habitación. Podéis ir juntos o por separado. ¡Casi lo olvido! Debéis cruzar por la puerta de la izquierda. Ni se os ocurra acercaros a la de la derecha.

¿A qué puertas se refería? Solo veía las que habíamos cruzado para entrar a la sala y ninguna de ellas llamaba la atención.

—El resto, ya podéis retiraros.

Tal y como se les ordenó, los guardias no tardaron en moverse de su sitio en dirección a una de las puertas negras por las que habíamos entrado. Pude distinguir a mi guardia; aquel al que había estado molestando antes de entrar al edificio. Si Red podía divertirse con aquello, yo también quería. Me acerqué para asegurarme de que me oyera al hablar.

—Buen trabajo, criado. Puede retirarse.

Por supuesto, él no dudó en girar su rostro hacia mí y lanzarme una mirada asesina. Eso sí, sin dejar de caminar. Yo me limité a guiñarle un ojo y volví a mi puesto; justo a tiempo para ver el desenlace de otra escena.

El guardia al que Red había tocado las narices no se fue sin antes arrancar una hoja de su sitio y tirársela al chico.

Esto se pone interesante.

En cuanto estuvieron fuera todos los vigilantes, una persiana se abrió al final de la sala, dejando ver dos puertas coloridas. Una de ellas era plateada, con un dibujo de una cara seria en el centro. Justo a su derecha, la otra puerta era de color rojo y en el centro tenía otro dibujo de una cara; esta vez triste.

Me habría gustado poder decir que supe qué hacer desde el primer momento, pero estaría mintiendo. Eso sí, no pensaba permitir que ninguno de los presentes supiera que estaba tan perdida como ellos. No estoy segura de quién dio el primer paso hacia las puertas, si Red o yo, pero en cuanto lo hicimos una voz chillona se alzó a nuestras espaldas.

—¿Tenemos que ir todos juntos? Eso significa que vamos a ir todos juntos, ¿verdad? ¡Debemos seguir sus indicaciones!

—Pues yo voy a cruzar la derecha.

Cómo no, el nombre le iba perfecto. *Red*. El rojo que simboliza el peligro.

—¡Espera! ¡No podemos hacer eso! No sabemos qué hay tras esa puerta.

—¿Y tú sabes lo que hay tras la otra?

Por primera vez, Red se giró a mirar a la chica que estaba hablando. Por su aspecto supuse que era algo menor que yo, pero no demasiado.

—No. Pero... ¡han dicho que no lo hagamos! No podemos llegar y... —Antes de que pudiera acabar la frase, la interrumpí.

—Calma, doña Estrés, me estás agobiando.

—Solo porque seáis unos rebeldes con tatuajes no significa que tengáis permiso para ponernos en peligro a todos —protestó ella.

El resto permaneció en silencio, lo cual no me hacía ni pizca de gracia.

—Muy bien. Entonces hagamos una votación. —Me acerqué a una de las mesas y me subí de un salto para que todos y cada uno de los presentes pudieran verme bien—. ¿Quién vota por hacer caso y entrar por la puerta izquierda?

Doña Estrés levantó la mano mientras los demás se miraban unos a otros sin saber qué hacer. Puse los ojos en blanco. Realmente aquella gente no sabía decidirse.

—Y ahora —hice una breve pausa en la que mi mirada se dirigió hacia Red—, ¿quién vota por investigar y no dejar que nos mango-
neen? Quien quiera seguir su propio camino que levante la mano.

Una, dos, tres... por lo visto mi discurso había funcionado. La primera en alzarse fue una chica asiática bastante agraciada, y casi todos los presentes la siguieron. Algunos tímidamente y otros con decisión. Sea como fuere, habíamos ganado.

—Estáis locos. ¡Puede ser peligroso!

—Nadie ha dicho que tengamos que ir todos juntos. —Para mi sorpresa, fue la joven asiática quien intervino esta vez—. Yo estoy con la pelirroja. Tú puedes seguir tu propio camino y nos cuentas a la salida.

Por suerte o por desgracia, la presión de grupo es efectiva. A nadie le gusta quedarse solo o ser el rarito. Y precisamente por eso sabía que doña Estrés vendría con nosotros. Aunque tuviera que tragarse su orgullo.

—Es mejor que vayamos todos en la misma dirección. Así las probabilidades de que las cosas salgan mal son... ya sabes, menores.

Buena excusa.

—En ese caso, vamos allá. —finalicé la charla y bajé de un salto al suelo.

La chica asiática —sí, iba a tener que ponerle un nombre— fue la primera en dirigirse hacia la puerta roja. De hecho, ni siquiera dudó en abrirla, lo cual me sorprendió gratamente.

Me gusta esa chica, no parece tener miedo de meterse en problemas.

—Eh. —Di algunas zancadas para colocarme a su altura—. Si vas a ir encabezando el grupo, estaría bien saber tu nombre.

Ella sonrió y sus ojos se cerraron aún más.

—Noora.